

nozcan humildemente como propiedad suya la humana debilidad, y que se sirvan del conocimiento de sus faltas para vencer esa debilidad; quiere formar hombres que estén tan lejos de la presunción, como de la timidez; de la violencia como de la flojedad; hombres que no se eleven sobre los otros, que se tengan á sí mismos en poco, y que, sin embargo, no huyan de ningún deber, hombres que se consideren capaces de cometer todas las faltas posibles, que no se desanimen por ninguna de ellas, pero que, por ellas, aparezcan más humildes, más circunspectos, más resueltos, y que comprendan mejor los omnipotentes auxilios de la gracia; en fin, hombres en los que se realice la palabra misteriosa del Apóstol: «La virtud se perfecciona en la enfermedad». ⁽¹⁾

(1) II Cor., XII, 9.

CONFERENCIA XVII

ORIGINAL, NO COPIA

1. **Variedad, independencia en la naturaleza, y á la vez, armonía en el todo y en sus partes.**—Sostenía un día Leibnitz que hay tal diversidad entre todas las cosas que se hallan en el cielo y en la tierra, que no pueden encontrarse dos cuya semejanza sea exacta. Las damas de la Corte de Hannóver complaciéronse en probar al sabio que estaba en un error, y pensaron que para demostrarlo bastarían algunas hojas de árboles iguales. Hubieran triunfado, en efecto, si las hubieran podido encontrar. Hubiérase podido tachar de locura la tentativa de aquellas señoras, si no hubieran tenido la excusa de la mezquina envidia que tenían de la gloria del filósofo. ¿Podían estar tan ciegas y tener tan poca experiencia para dudar con seriedad de la afirmación del gran hombre? ¿Quién se atrevería á encontrar ni siquiera dos pedazos de mármol enteramente iguales? En el cielo no hay dos estrellas de igual claridad. Donde nuestros ojos no descubren diferencia alguna, halla el análisis espectral un mundo de las más opuestas diversidades, que abren caminos enteramente nuevos á nuestros conocimientos de los cuerpos celestes. ¡Cuántas veces ha jugado una mala pasada á un aficionado á jardines esa invencible inclinación de la naturaleza á las formas originales y siempre variadas! ¡Cuántas veces, en el campo, hemos escuchado en la noche, con admiración, y muchas veces más tiempo del que hubiéramos deseado, la inagotable diversidad de voces de las cantoras de los estanques! Parecía que, á la luz de la luna, no que-

ría su coro interrumpir las alabanzas dirigidas al Creador.

Cuanto más se sube en el reino de las criaturas, tanto más rica es su variedad. Talle y rasgos de la cara, actitud y maneras de expresarse, voz y mirada, todo esto da á cada hombre su sello. Cuando llega un amigo á mi puerta, antes que entre, ya me dicen su tos, sus pasos, su modo de llamar, quién es el que me va á dar el placer de visitarme, y en qué disposición de humor y de carácter se halla.

Pero, á pesar de esta diversidad, por todas partes encontramos perfecta armonía. Consideremos la naturaleza como más nos agrade, encontraremos siempre algunos detalles ordenados con tan maravillosa delicadeza, que nos producirá el conjunto la impresión de perfecta armonía. Para un ojo sensible, hay indescriptibles encantos en considerar la distribución de los colores que encontramos en la campiña que atravesamos en nuestra excursión. Los aterciopelados musgos, los sombreados surcos, los tallos humedecidos de rocío, el estanque con sus ondas negruzcas, todo esto, visto una mañana de primavera, se armoniza con tanta perfección con los sómbríos lindes de los bosques que cierran el paisaje y con el quejumbroso canto del pájaro solitario, como, durante el invierno, la nieve que cubre las colinas al otro lado del lago, y el bosque con sus reflejos de plata, se armonizan con las brillantes superficies de los hielos que hieren nuestra vista, como el brillo vaporoso del sol poniente en el estío con las purpúreas tintas de las alturas forestales y con las doradas ondulaciones de los campos y campiñas que se extienden á nuestros pies.

2. Falta de naturalidad de muchos sistemas filosóficos y heréticos.—La libertad del hombre nos permite ver que, tanto en su vida moral como en su vida intelectual, puede prescindir de esa ley general de la naturaleza. ¿Y le es ventajoso? Es cuestión que, desde el punto de vista cristiano, y para nosotros principalmente, no necesita ser examinada, atendido lo que hasta el presente

hemos tratado. En todas las discusiones particulares que hemos sostenido, hemos podido tocar el mismo resultado final: que deben estar en completa armonía la vida moral y la naturaleza.

Sin embargo, no son pocos los que desconocen esta verdad. Ya decía Sócrates que, en el fondo, la virtud es «una». Siguióle Platón en su juventud; encarnizados partidarios de la unidad de la virtud fueron los cínicos y los megarienses; ⁽¹⁾ y en la escuela estoica ocupó también lugar preferente esta doctrina, que pretendió muchas veces penetrar en terreno cristiano. Excepción hecha de algunos disolutos de la Reforma, el más celoso campeón de esta idea fué Justo Lipse, el más sabio renovador del Estoicismo en el siglo XVI. Para él todas las demás virtudes están sobre el mismo pie. «Es una falsedad, dice, colocar una virtud en un grado superior á otra, y hacer como los Escolásticos que colocan la prudencia más alta que la fortaleza, y ésta antes que la templanza. Todas las virtudes están ligadas entre sí por lazos indisolubles. El que tiene una, las tiene todas». ⁽²⁾

Fácilmente podemos representarnos cuál puede ser el porvenir de la vida, cuando se aplican á ella semejantes principios. Por desgracia, parece que no vivimos sino para ser testigos de ello. El fastidio insoportable que se apodera de nosotros á la vista de la monótona falta de natural en los jardines franceses modernos, la uniformidad en la falta de carácter de un estilo, que nos hace intolerables una larga permanencia en muchas ciudades recién construídas ó reconstruídas, son nada en su comparación. Si no ha podido soportar el mundo más que un filósofo que se reía constantemente y otro que lloraba sin interrupción, ha contraído, por otra parte, el hábito de hallar placer en las rarezas de los pensadores de esa especie. ¡Y quién no conoce cuánto martirio nos causa el que no cesa de llorar por insignificantes incomodidades, ó nos persi-

(1) Zeller, *Philosophie der Griechen* (2) II, I, 99, 6.

(2) Stœckl, *Geschichte der Philosophie des Mittelalters*, III, 314 y sig.

gue constantemente con sus agudezas! ¡Qué desgracia tan grande, si, al desaparecer esos hombres, dejasen escuela! Sí, nada más insoportable que tratar con hombres que tienen siempre la misma manera de pensar, de hablar, de saludar, y cuyos cumplidos y cuyas frases están vaciados en el mismo molde; son los que en la sociedad moderna hacen tan cargantes las relaciones; son causa de que, sin quererlo, haya producido tanta uniformidad en los espíritus nuestra cultura superficial y exterior. Cuando se ha andado un día por ferrocarril, y á todas horas se desocupa el coche para ser ocupado por nuevos compañeros de viaje—hablo de compañeros que han recibido cierta educación, y no de gentes vulgares,—está uno casi seguro de ver veinticuatro veces las mismas caras, las mismas barbas, las mismas modas, de recibir los mismos saludos y de tener las mismas conversaciones.

He aquí lo que hace cansado, poco interesante y, por decirlo de una vez, enojoso el trato de los hombres. Mas, si de intento se cultiva esta uniformidad, es señal de que no está intacta la naturaleza humana, porque nada hay menos natural que obligar á la naturaleza humana, tan noble y tan libre, á entrar en un molde igual para todos sin excepción, ó á ser extendida en una cama de Procasto, hasta hacer semejantes, con la semejanza que tiene un huevo con otro, á centenares y millares de personas hasta en los rasgos de la cara, en la colocación de las manos, en la mirada, en el andar y en la manera de hablar. Por desgracia, en esa violación de la naturaleza, han puesto sus deberes principales muchas sectas religiosas, como los Jansenistas, los Menonitas, los hermanos Moravos, y han tenido no despreciable éxito en sus miras irracionales.

3. Bacon y Kant.—Quizá tuvo á la vista Francisco Bacon excentricidades tales en el seno de las sectas inglesas. En todo caso, según él, prosperaban en ellas de una manera sorprendente. Sin eso, no se explica cómo un hombre tan prudente se dejó fascinar por tan irracional concepto de la moral. Mientras predominaban las tenden-

cias á endosar á toda moral un solo uniforme, formándola según un solo patrón, niega él, por otro lado, con igual exageración, que los hombres tengan algo de común en su conducta, y pretende que no es posible una moral concebida según reglas generales. «Con la simple glorificación palabrera de la virtud, no podemos moralizar á los hombres en conjunto ni en particular. Debe estudiar el moralista las particularidades del alma del hombre, con el mismo cuidado que pone el médico en el estudio de las del cuerpo. Puede entonces dictar á cada uno preceptos especiales, según sus disposiciones y según su estado particular, porque en Ética, lo mismo que en Medicina, no se conocen las panaceas. El agricultor tiene en cuenta las propiedades especiales del suelo, porque no todo terreno conviene á toda clase de árboles. De la misma manera, debe el moralista examinar las diferentes aptitudes de los caracteres. Pues precisamente lo que hace falta en toda la moral hasta hoy es ese conocimiento fundamental del hombre. No trata ésta más que de principios abstractos hechos para hombres abstractos. Pero en su aplicación no hay más que pura charlatanería, como en el empleo de esos remedios que tienen la propiedad de curar todas las enfermedades». ⁽¹⁾

Á las limitadas miras del filósofo inglés, opone Kant miras personales que no tienen más extensión. Fiel á su doctrina, cae en el extremo opuesto al de Bacon, y se propone la cuestión sobre si debe ser popular la moral, entendiéndose por esta palabra «popular», no sólo la forma de exposición, sino también el contenido. Pero «sería popular, si sus principios fundamentales no excediesen al alcance ordinario de la inteligencia del pueblo, esto es, si estuvieran contenidos en la experiencia general, que á lo más puede dar lugar á reglas para cierto número de casos particulares, pero no origen á ninguna ley general. Ahora bien, una doctrina moral no puede tener valor, sino cuando da reglas que se aplican de una manera general, sin

(1) Kuno Fischer, *Francis Bacon*, (2) 1875, 387.

admitir excepciones ni para un caso ni para una persona en particular. Por eso, concluye, no debe sacar sus preceptos de la experiencia, sino establecerlos *à priori*, sin cuidarse, ni de la antropología, ni de la psicología». ⁽¹⁾

Con dificultad se conseguiría hallar dos principios más opuestos que las doctrinas de esos dos filósofos, cuya influencia ha sido tan considerable, y que no están acordes más que en ser los dos igualmente extraños á la naturaleza del hombre. Quiere el uno una ley moral que prescinda de intento de la naturaleza humana, y que de la misma manera y sin excepción imponga deberes á todos, sin ocuparse ni en las personas ni en las circunstancias. Tiene razón el otro en exigir del moralista antes que todo conocimiento del hombre, pero no le permite aplicarlo, sino cuando, para cada caso en particular, haya hecho minuciosas investigaciones en cuanto á la persona y á su situación. Podrá entonces formular una regla que será aplicable sólo en aquel caso.

Según Kant, el plebeyo debe vaciar su manera de obrar en el mismo molde que el príncipe, la niña debe conducirse como un hombre, el enfermo hacer el mismo servicio que el que goza de buena salud, el estudiante pensar y obrar como el sabio, y otras muchas cosas más que no pueden pesar más sobre el uno que sobre el otro, precisamente porque no se preocupa la ley ni de la antropología ni de la psicología, y responde á la naturaleza del uno tan bien como á la del otro. Según Bacon, son absolutamente inconcebibles las ideas y las reglas generales. De modo que se necesita un código especial para las sirvientas, otro para las doncellas, otro para los criados, uno nuevo para el dueño de casa, otro para los hijos y otro para las hijas, y así hasta el infinito. Se necesita también una casuística que se renueve todos los días; son necesarios tantos moralistas distinguidos, cuantos son los hombres capaces de obrar; y cuando alguno ejecuta una acción sin haber tomado antes consejo de uno de éstos ó de todos, obra contraria-

(1) Kuno Fischer, *Gesch. der neuern Phil.*, 1860, IV, 102 y sig.

mente á la moral, porque obra sin ley. Según Kant, el mundo entero no vendría á formar más que un cuartel en que se ejercitasen en la misma teoría todos, hombres, mujeres, niños y viejos. Y según Bacon, dispénsenos la frase, pero es difícil encontrar otra más exacta, parecería el mundo un inmenso picadero, donde se amaestraría á cada uno como á un caballo que tuviera la facultad de pensar. Suponiendo que sea incapaz el hombre de todo pensamiento y de toda acción independiente, los dos están conformes.

4. ¿Es posible una Religión del mundo, ó una Religión que tenga alcance universal? ¿Dónde se encuentra el verdadero respeto al hombre, en el Cristianismo ó en el Racionalismo?—Donde se admiten estos principios, se comprende fácilmente la afirmación del segundo fragmento de Wolfenbuttel «en el cual se dice que, no es posible una religión universal». Pero se ha presentado el Cristianismo con la pretensión de ser esa Religión considerada imposible, y de establecer leyes que tengan para todos el mismo valor. La ley debe tener «como fin el bien general» ⁽¹⁾ y «un valor que se aplique á todos». ⁽²⁾ Debe tener, por lo tanto, «fuerza comprensiva universal». ⁽³⁾ Si se concibiera de una manera tan general como quiere Kant, esto es, si se adaptase á todos los casos, no se adaptaría á ninguno exactamente. Lo sabría el malhechor para entregarse á sus fechorías; y el hombre de conciencia jamás estaría suficientemente instruido sobre su voluntad. Si, en el sentido de Bacon y del racionalismo moderno, tratase de organizar con una casuística sin fin, toda posibilidad particular imaginable, atentaría á la libertad de los subordinados, y se perdería en mezquindades. Además le sería difícil encontrar el gran sentimiento del todo, lo mismo que la intención que debe existir en cada caso particular. ⁽⁴⁾ En el primer caso, sería inútil; en el segundo,

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 90, a. 2.

(2) *Íd.*, 1, 2, q. 96, a. 1.

(3) Aristóteles, *Ethic.*, 5, 10 (14), 4, 6. Aguirre, *Philos. moral.*, 5, 10, 4-6.

(4) Trendelenburg., *Naturrecht* (2) § 75, 172.

despótica é irracional. No es posible una ley que se adapte á todos los casos particulares, ni tampoco es necesaria para la felicidad.

Sin embargo, puede existir muy bien una ley que obligue á todo el mundo, y que, con la claridad y con la precisión deseables, entrañe toda la universalidad que se pide. Para eso se necesita: primero conceder al hombre bastante penetración de espíritu, y bastante buena voluntad, buen sentido é inteligencia para hacerse á sí mismo una aplicación razonable y concienzuda de ella; ⁽¹⁾ después, atribuirle bastante independencia personal para que tenga derecho á trabajar por sí mismo en ese desarrollo, según las reglas de la justicia atemperada por la moderación. ⁽²⁾ Es verdad que no se ha calculado este concepto de la ley para hombres que, semejantes á los esclavos, no pueden moverse libremente por sí mismos; pero no estima en tan poco al hombre el Cristianismo; le trata con tanto respeto como al mismo Dios, ⁽³⁾ porque cuenta siempre con su inteligencia, y edifica siempre sobre su buena voluntad.

Por lo tanto, ni una sola palabra diremos para justificar á nuestra Religión, cuando Renán, Straus y todos los que participan de sus opiniones, sea en totalidad, sea en parte, le lancen la perpetua acusación de no ser práctica para la vida, porque, ya por orgullo, ya por incapacidad, no se ocupa sino en un limitado número de dominios que pertenecen á la vida moral y á la vida pública y para nada se preocupa de las exigencias ordinarias del hombre. ¿No sorprende esa acusación salida de los labios de los que fueron los primeros en acusarla de haber encerrado al hombre desde la cuna hasta el sepulcro, en una camisa de fuerza, cuyas mallas no le dejan libertad, ni aun le permiten respirar durante el sueño? ¡Oyéndolos, no es tan es-

(1) Aristóteles, *Polít.*, 3, 6. 8, 10 (11, 13, 14); Cfr. Brandts, *Handbuch der Geschichte der griech.-röm. Phil.*, II, 1599 y sig., 1662.

(2) Sto. Tomás, *In Ethic.*, 5, lect. 16, *Summa theol.*, 1, 2, q. 96, a. 6, 2, q. 120.

(3) Sabiduría, XII, 18.

trecha esa camisa como pretenden! Tiene, más bien, mangas tan largas, pliegues tan amplios, que muchos espíritus fuertes parece desean una nodriza para vestírsela. Están constante y completamente trabados por las ideas de Bacon, ó más bien del racionalismo. En éste, sobre todo, se tienen escrupulosamente en cuenta las exigencias de Renán á propósito de la Religión, llevando hasta el extremo, y en los más insignificantes pormenores, la condescendencia para la vida ordinaria del hombre.

La filosofía del racionalismo, el tipo de la sabiduría pedante del profesor, Cristiano Wolff, cree en *sus concepciones racionales sobre la acción del hombre* no haber movido á éste á la virtud suficientemente, cuando no le ha enseñado expresamente que no se debe sonar en la mesa, ni introducir en la boca grandes trozos; que si se halla comiendo un pobre al lado de una persona distinguida, debe dejar siempre la mejor parte para esta última, y que ni siquiera debe empolvarse el cabello, si, por casualidad, ha de servir de molestia ó de incomodidad á alguno. ⁽¹⁾ Y preguntamos: ¿es digna del hombre tal ingerencia en los pormenores de la doctrina moral? ¿no es enclavar á la humanidad en una silla de niño? ¿y puede censurarse á nuestra Religión porque no se arroga el derecho de tratar al hombre tan desdeñosamente? Ciertamente que podemos estar orgullosos de nuestra fe, cuando oímos tan singulares acusaciones. Sí, con legítimo orgullo decimos: Una vez más ha honrado el Cristianismo á la naturaleza racional y libre del hombre, y le ha demostrado más confianza, que ese pueril y mezquino racionalismo, que no sabe conocer que lo degrada, precisamente cuando cree realzarlo.

5. La diversidad en las disposiciones naturales como fundamento de unidad en la vida de los pueblos y de los hombres.—Pero, respetando la libertad y la naturaleza del hombre, nuestra Religión ha puesto igualmente las bases para la firme y permanente unión de toda la hu-

(1) Biedermann, *Deutschland in XVIII, Jahrh.*, II, I, 432.